

**Escuelas de democracia y 15M:
participación, redes, ensayos**

Carlos Diz*

*Schools of democracy and 15M:
participation, networks, tests*

* Doutor em Antropologia Social e Cultural pela Universidade da Coruña (Galicia, Espanha).

RESUMEN: Este artículo tiene por objetivo analizar el movimiento 15M desde el punto de vista de la democracia y la participación. Utiliza un método cualitativo basado en el trabajo de campo y la revisión bibliográfica. El 15M se presenta como ensamblaje de redes, ensayos y experimentos articulados entre las tecnologías digitales, la materialidad urbana y la intervención popular. Como resultado, surge una política de la experimentación que desarrolla una contra-pedagogía urbana para una democracia alternativa. Frente a una pedagogía clásica y una educación vertical, el 15M produce escuelas de democracia que hacen de la ciudad un campo de experimentación y un espacio de aprendizaje. Su cultura colaborativa y su acción directa reformulan el urbanismo como intervención ciudadana, y la intervención como un gesto político para la democracia. Así se genera una democracia performativa, nunca acabada, que se va haciendo a medida que se deja hacer y cuyo significado se reinventa constantemente.

PALABRAS CLAVE: 15M; Democracia; Participação.

ABSTRACT: *This paper aims to analyze the 15M movement from the point of view of democracy and participation, using a qualitative method based on fieldwork and bibliographic review. 15M is presented as an assemblage of networks, tests and experiments articulated among digital technologies, urban materiality and popular intervention. Thus, emerges a politics of experimentation that develops an urban counter-pedagogy for an alternative democracy. Compared to a classical pedagogy and a vertical education, 15M produces schools of democracy that turns the city into a field of experimentation and a learning space. Its collaborative culture and its direct-action rethinks urbanism as a citizen intervention, and urban intervention as a political expression for democracy. This finally generates a performative democracy, a democracy in the making, never finished, which meaning is constantly reinvented.*

KEYWORDS: 15M; Democracy; Participation.

1. INTRODUCCIÓN: HACIA UNA POLÍTICA DE GRIETAS

“Un terremoto”. Así describe Gael el 15M, el movimiento de los Indignados aparecido en España el 15 de mayo de 2011. Un terremoto, continúa, “que fue la materialización de todo lo que una generación anterior ponía en su boca pero no sabía hacer”. El 15M fue una escuela política, asegura, “escuela política y democrática que hoy permea los movimientos y la ciudadanía, y que los va a permear durante mucho tiempo”.

¿Quién le iba a decir a Gael, activista de Galicia que durante años participó en los movimientos sociales autónomos – desde el inicio de la llamada “antiglobalización”, en sus centros sociales, desde la autogestión, el asamblearismo y el cooperativismo – que hoy estaría apoyando aquello que se ha venido en llamar “nuevo municipalismo”, defendiendo la toma democrática de las instituciones municipales (los ayuntamientos) y ocupando altos cargos de representación política? Y es que algo de terremoto, en efecto, tuvo el 15M: sacudida social en mitad de la crisis, temblor generalizado que llegó a contar, en julio de 2011 y según el barómetro del CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas), con el apoyo de más del 70% de la población y con cerca de un millón de participantes activos.

Fijémonos por un instante en las acampadas, espectaculares ocupaciones de las plazas con las que el 15M se hizo visible (y mediático) en sus primeras semanas. Aquella arquitectura improvisada nos recordaba que las ciudades-campamento estuvieron en el origen de la ciudad en Mesopotamia y después en Egipto y en Grecia, dos de los países movilizados durante aquellos meses de 2011 (FEIXA, 2013). Acampadas que, en cierto modo, podían compararse con los campamentos de verano que sirvieron de enclaves de socialización para muchos jóvenes: “En su origen (entre fines del siglo XIX y principios del XX), los campamentos fueron efímeras ciudades creadas en el espacio natural, con la finalidad de educar en valores a los niños y adolescentes crecidos en el espacio urbano” (Ibid.: 56). En su versión suiza (*colonie des vacances*), alemana (*vanderwögel kampen*) o británica (*boy scout camps*), “las acampadas fueron un rito de construcción de ciudadanía a través de la autoconstrucción de ciudades generacionales” (Ibid.). De hecho, el propio fundador del movimiento de los scouts, el

inglés Baden-Powell, se había inspirado directamente en los campamentos iniciáticos de los jóvenes guerreros zulúes en Sudáfrica (kraals), los cuales había conocido cuando participaba en las guerras bóeres.

En este caso, son evidentes las diferencias entre los campamentos de verano y las acampadas del 15M –inspiradas en la Primavera Árabe y replicadas más tarde en movimientos como Occupy Wall Street–, unos levantados en la vorágine de la naturaleza y otras en la vorágine de la ciudad; aunque las acampadas indignadas tenían, también, mucho de alegría, juventud, exploración y aventura, eran ante todo expresiones políticas, rebeldes y contestatarias, fundamentadas en la ocupación y en la desobediencia. No obstante, vale la pena subrayar algunas semejanzas. Para ello es útil recuperar la expresión de Gael: entender el 15M y las acampadas como “una escuela política y de democracia”.

El campamento indignado, pues, entendido como un ritual iniciático. Para mucha de la gente joven que nunca antes había participado en movimientos sociales, la convivencia en las plazas –colaborando en comisiones y en asambleas populares, tomando actas, autoconstruyendo el lugar, formándose colectivamente o autogestionando los recursos– implicaba todo un proceso de aprendizaje. Para alguna gente un ritual de entrada, para otra –más experimentada– un ritual de maduración política: cómo actuar en las asambleas, cómo hablar en público y contrastar ideas, cómo difundir la información, cómo relacionarse con la policía y los representantes políticos, cómo reciclar materiales e interactuar con el medio urbano; un sinfín de gestos y rutinas que muchas y muchos descubrieron por vez primera en la plaza, pues cada acampada funcionaba como lugar de socialización y, a la vez, como ensayo y laboratorio social (CRUELLES; IBARRA, 2013).

Esta condición ensayística y experimental, articulada entre las tecnologías digitales del ciberespacio, la materialidad de la urbe y las prácticas de democracia al aire libre, constituyen –sin duda– una característica primordial no sólo de las acampadas y del 15M, sino de todo un tiempo político, de una atmósfera, perfilada y entreabierta desde entonces. Un momento experimental, por así decirlo, cuyo paradigma en aquellos días no era otro que el de las asambleas, las concurridas asambleas celebradas cada tarde en el espacio público. La asamblea, la acampada y por extensión la ciudad, se volvían en tales prácticas el espacio para una política de la

experimentación: se tornaban objetos urbanos experimentales (CORSÍN; ESTALELLA, 2013a). Como en todo experimento, el 15M se situaba entre la novedad y la sorpresa, entre lo estable y lo inestable, entre el orden y la espontaneidad, entre lo que se sabe y lo que se ignora. La fragilidad de la acampada (su infraestructura, su rápida autoconstrucción, su condición legal), la aleatoriedad de los cruces y las acciones en el espacio público (lo imprevisto que podía alterar la marcha de la asamblea), eran ingredientes –y también metáforas– de todo un ritual colectivo de experimentación política y democrática, sujeto a un alto grado de incertidumbre, primero en las plazas, más tarde en los barrios, y luego en las propias instituciones del Estado.

Así, la escuela de democracia a la que aludía Gael era una escuela abierta y experimental, frágil, rebelde y heterogénea, polisémica y multivocal. El 15M, el terremoto, abría un paisaje de grietas entre las palabras y las cosas, entre la sociedad civil y la democracia representativa, entre los movimientos sociales y los partidos políticos, y también entre las diferentes pedagogías y las distintas tradiciones y escuelas políticas. Si bien, como toda institución de encierro, la escuela ha estado históricamente atravesada por relaciones de poder, un lugar donde se imponen sobre el cuerpo disciplinas que lo reparten en el espacio, lo ordenan en el tiempo y buscan de él cierta utilidad, actuando como cuarentena que aleja a la niña y al niño del mundo, funcionando como instrumento de dominación que perpetúa las desigualdades, refuerza el orden social y aplica la violencia simbólica al imponer la cultura e ideología de los sectores dominantes (ARIÈS, 1987; FOUCAULT, 1990; BOURDIEU, 1998), la afluencia masiva a las calles, a las plazas – y su prolongación en ellas durante semanas –, inauguraba en cambio una suerte de contra-pedagogía popular, una pedagogía en abierto para una democracia alternativa. Si toda escuela, al fin y al cabo, no es sino una “pequeña sociedad” (RIÁDIGOS MOSQUERA, 2015), para cambiar esta última se hacía necesario repensar lo aprendido.

El 15M actualizaba, de manera innovadora, una lección que los movimientos sociales venían impartiendo desde hacía décadas: ya no eran meros receptores ni recipientes, ni sólo sujetos contestatarios, sino productores activos de conocimiento (CASAS-CORTÉS, 2009). Si el “Régimen del 78” y la “Cultura de la Transición”, tal y como se refieren los activistas al sistema político que emerge en España tras cuatro décadas de

Dictadura franquista – y que halla su mito de origen, su punto sagrado, en la Constitución de 1978 –, representaban en cierto modo una pedagogía clásica, una educación vertical basada en el encierro y el encapsulamiento de discursos y saberes, en la repetición de los mantras del consenso y la democracia representativa, el 15M aireaba las dudas, las preguntas y los saberes, proponiendo una metodología comunitaria para un (re)aprendizaje colectivo, y practicando – con mayor o menor éxito – una democracia directa y participativa. Por decirlo en los términos de Freire (1992), frente a una “educación bancaria” que hacía del alumnado (de la ciudadanía) meras “vasijas” y sujetos pasivos – dóciles y fáciles de rellenar –, el 15M impugnaba el sistema vigente al tiempo que imaginaba y ponía en práctica otras formas de expresarse y reeducarse políticamente.

Si había un terremoto, como decía Gael, la agitación venía de otros lugares, expandiéndose luego a otros tantos. A cada nodo de la red, sus singularidades. Desde el norte de África a Madrid, de Islandia a Atenas, de Londres a Nueva York o de Estambul a São Paulo, en los últimos años se ha levantado una parte de la población, criticando la crisis y exigiendo justicia y democracia, afectada por igual – en uno u otro lugar – por los desmanes financieros y por la doctrina neoliberal que ha venido ahogando y apretando su cotidianidad. Quizá por ello, refiriéndose a las Jornadas de Junho de 2013 y al Movimento Passe Livre, también Rolnik (2013) habla de un “terremoto”, temblor social cuyos efectos aún no podemos calibrar con precisión, pero sobre cuyas grietas ya hoy caminamos.

En España, el auge electoral de nuevos partidos como Podemos, fundado en 2014 y vinculado indirectamente al 15M, ha contribuido a trasladar dichos temblores de la calle a las instituciones – donde han ido a parar activistas como Gael –, haciendo tambalear el bipartidismo histórico entre el Partido Popular (PP) y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Una brecha que amenaza las rutinas de los partidos y del activismo, también sacudido y fragmentado, debatiéndose entre aquella máxima de la antiglobalización, Cambiar el mundo sin tomar el poder (HOLLOWAY, 2002), y aquella que emerge con la indignación, y que podría resumirse así: Cambiar el mundo y tomar el poder. De un modo u otro, esta política de grietas nos revela, en términos históricos, que tanto a nivel español como a nivel europeo y global, estos últimos años han supuesto el segundo gran

ciclo movilizador posterior a la Guerra Fría, tras el levantamiento zapatista de 1994 y las movilizaciones antiglobalización de los años siguientes (ANTENTAS; VIVAS, 2012).

En lo que sigue trataré de perfilar, escuetamente, algunos de los rasgos del 15M, un movimiento que quiso y quiere aún repensar la crisis y reivindicar otra democracia y otra manera de hacer política, sirviéndose para ello de la articulación creativa entre el uso de las tecnologías de la era digital y la práctica rebelde del espacio urbano, haciendo de la ciudad su campo de experimentación y su objeto político por excelencia.

2. ARQUITECTURA EN RED: COMUNICACIÓN, TECNOPOLÍTICA Y CULTURA COLABORATIVA

“No somos mercancía en manos de políticos y banqueros”. Así rezaba el lema principal de las manifestaciones convocadas a través de Internet, en más de 50 ciudades españolas, el 15 de mayo de 2011. Quienes convocaban no eran los sindicatos, sino plataformas ciudadanas como Juventud Sin Futuro, Estado del Malestar y Democracia Real, Ya!, nacidas y organizadas en la red al compás de una crisis económica que arrastraba consigo una honda crisis de representación. La aparición, en años previos, de colectivos como V de Vivienda (2005), el movimiento universitario contra el Plan Bolonia (2008), la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (2009) o las movilizaciones en favor de la libertad en Internet (2010) ejemplificaban la potencia de una agitación surgida desde abajo, al margen de las estructuras sindicales mayoritarias. Una agitación que coincidía, en febrero de 2011, con una tasa de paro del 22%, un desempleo juvenil del 47% y la aplicación por parte del gobierno del PSOE de más recortes presupuestarios en salud, educación y servicios sociales, priorizando la recapitalización de las entidades financieras. Situación que no haría sino agravarse en febrero de 2012, gobernando ya el PP, con la tasa de desempleo entre los menores de 25 años alcanzando – según datos del Eurostat – un récord histórico (50,5%), más del doble de la media de la Unión Europea (22,4%). Así, poco antes del 15 de mayo, surgiría en Internet – ante la proximidad de las elecciones del 22 de mayo– la iniciativa No les Votes, que avivaba aún más las redes sociales, muy activas por lo ocurrido en los países árabes y por lo sucedido en el vecino Portugal sólo unas semanas

antes, cuando tuvo lugar una enorme y exitosa manifestación organizada por Geração à rasca, impulsada por jóvenes activistas a través de Facebook.

Twitter, Facebook, YouTube o N-1, medios de organización, comunicación y participación con los que se ejercía una suerte de reapropiación tecnopolítica. Una reapropiación, por cierto, que tenía como antecedentes las maniobras engendradas en el Sur Global que influyeron una década antes en la antiglobalización. Véase el caso de los zapatistas, quienes rechazaban tanto la política de representación como el modelo de guerrilla convencional – dispuesta a tomar el Estado –, sin encajar tampoco en el arquetipo marxista de revolución (la del proletariado industrial), y que en base a un uso efectivo de Internet – convirtiéndose por ello en la primera “guerrilla informacional” (CASTELLS, 2003) – continuaron con el proceso de indigenización de la tecnología que años antes los indios kayapó del Amazonas habían iniciado con sus grabaciones y montajes de vídeo (TURNER, 1992), y que respondían a lo que Sahlins (1999) denominó “modernidades indígenas”; esto es, modernidades alternativas comprensibles en base a una previa descolonización del pensamiento (ESCOBAR, 2008; VIVEIROS DE CASTRO, 2010).

Hasta que la primera acampada se levantó en la Puerta del Sol de Madrid, con dichas herramientas se anticipaba lo que luego se construyó en las calles. Plataformas que funcionaban como espacios de relativa autonomía, desde los cuales se desafiaban –mediante la autoorganización y la interacción entre pares – dos de las características de lo que podríamos llamar una “democracia de baja calidad” (RIÁDIGOS MOSQUERA, 2013): la baja participación y la representación frustrada. Frente a ésta, la información circulaba viralmente, transmitiéndose por todo el mundo. Si bien es cierto que, históricamente, los movimientos siempre han dependido de específicos mecanismos de comunicación (rumores, panfletos, sermones, manifiestos, etc.), la actual comunicación a través de redes digitales resulta más horizontal, rápida e interactiva. Castells (2012) la define como una “autocomunicación de masas”: de masas porque procesa mensajes de muchos para muchos; autocomunicación porque el emisor decide el mensaje autónomamente, seleccionando a los posibles receptores. Redes digitales, en efecto, a través de las que visibilizar y organizar la indignación, pero también la esperanza,

pues ésta emerge en la práctica cotidiana de quienes se implican con ellas, de quienes anhelan transformar la sociedad a través del uso de la tecnología: “Ese es el gran logro de la esperanza, cuestionar el presente y movilizarlo hacia un futuro abierto” (ESTALELLA, 2012, p. 171).

El 15M nació, así, envuelto en estas formas digitales, al igual que la Primavera Árabe o los recientes movimientos de Occupy en Estados Unidos, YoSoy132 en México o el Passe Livre en Brasil, aupados por soportes tecnológicos que hoy dan pie a un “nuevo activismo transnacional” (TARROW, 2010), tejido a través de redes de activistas que intercambian experiencias, saberes e informaciones, funcionando como “redes de apoyo” (KECK; SIKKINK, 1999), federando nodos, ejerciendo una contra-gobernabilidad más o menos efectiva, exigiendo democracia directa y poniendo en juego una “imaginación radical” (GRAEBER, 2014). Formas digitales que cuentan con tres características principales: (1) su ambigüedad, pues no hay un uso predefinido; (2) su incontrolabilidad, debido a la existencia de múltiples nodos, autónomos pero interconectados; (3) y su apertura, que fomenta la aparición de comunidades que permiten una participación flexible. Características a través de las cuales Internet permite pensar la organización en términos de circulación y la articulación en términos de comunicación (PADILLA, 2013).

Toda esta arquitectura en red – basada en la interconexión y en la descentralización – hallaría su traducción en calles, plazas y barrios. En Internet se consolidaba una conciencia e inteligencia colectivas, así como una reserva de información y conocimiento – un “excedente cognitivo”, diría Clay Shirky (TASCÓN; QUINTANA, 2012) –, claves para cuestionar “el monopolio del poder de decir” (LÉVY, 2004, p. 50), en manos del Estado y de los grandes medios de comunicación. En cambio, produciendo comunidades conectadas que hablaban de justicia social y democracia, y valiéndose de un software para la publicación abierta e interactiva, muchas y muchos activistas rompían la comunicación vertical clásica, el modelo “emisor-mensaje-receptor” y el par “periodista-lector”. Se convertían en participantes directos, a la vez productores, editores y distribuidores, fraguándose una cultura colaborativa, una cultura del remix – en la expresión de Lessig – basada en la reapropiación y en la producción de nuevos

contenidos a partir de otros previos, como en un collage rebelde. Una cultura que lo era también de la narración y del storytelling. Lo que ocurría en el 15M debía comprenderse dentro de un contexto gradual de democratización tecnológica y de desplazamiento de la confianza y la legitimidad en todo tipo de élites, también las informativas. Si en los años 60 los movimientos habían popularizado la frase “el mundo entero está mirando”, la urgente actualidad paría otro lema: “el mundo entero lo está contando” (TASCÓN; QUINTANA, 2012).

Aquella “lógica cultural del networking” que se había expandido con el movimiento antiglobalización, el Indymedia, las webs, las mailing lists y las contracumbres (JURIS, 2008), basada en ir tejiendo redes poco a poco, en el día a día del activismo, se veía ahora sorprendida – en la era de Twitter y de Facebook, en la era de la instantaneidad– por una “lógica cultural de la agregación” (JURIS, 2012). La agregación actúa como sumatorio de individuos, masas de individuos con un background diferente que se juntan de pronto en un mismo espacio físico, sin necesidad de haberse conocido antes, de haber compartido asambleas, listas de correo o espacios de movimiento. Una lógica mediada por redes sociales y smartphones, más capaces de convocar por la vía afectiva, cognitiva y emocional que por la vía militante, y capaces de generar smartmobs o “multitudes inteligentes” en base al código abierto y al lenguaje inclusivo. En A Coruña, Madrid, Barcelona y otras tantas ciudades, las primeras convocatorias se servían táctica y eficazmente de la lógica agregativa. Más tarde, abandonadas ya las plazas, el trabajo largo y cotidiano en plataformas, asambleas de barrio, centros sociales, okupas, cooperativas, ciclotalleres o huertos urbanos, se valía de la lógica más pausada del networking.

3. RECONSTRUIR LA CIUDAD: PEDAGOGÍA URBANA E INTERVENCIÓN POPULAR

En las plazas el grito era unánime: “¡No nos representan!”. El crack económico destapaba una honda crisis de legitimidad y de representación, agravada por las medidas de ajuste y los recortes sociales, acompañados por la corrupción estructural y la socialización de las deudas bancarias. Quienes acampaban eran ante todo jóvenes, pero el impacto de la crisis y

el empobrecimiento general hizo que el perfil se ampliase. Colectivos como Stop Desahucios o las Mareas serían integrados en adelante por jóvenes y mayores, clases medias y bajas, activistas y personas “afectadas” por la precariedad. Una precariedad que desde un punto de vista sistémico no ha de entenderse como solución de transición a la sociedad de servicios sino como elemento estructural de la misma, que afecta más a jóvenes, mujeres y migrantes: una herramienta disciplinaria y un problema no sólo contractual sino de carácter biopolítico (ALONSO; FERNÁNDEZ, 2013).

Tratando de hacer frente a tal panorama, gritaban: “¡Lo llaman democracia y no lo es!”. Querían democracia, pero exigían que fuese “real”, “directa” y “participativa”. Las democracias liberales, decían, se habían convertido en “Estados oligárquicos”, en los que una minoría subordinada al poder económico monopolizaba la representación política, funcionando así como plutocracias, con el poder en manos de una minoría económicamente privilegiada (RANCIÈRE, 2006). Frente a esa minoría, el 1% señalado por Joseph Stiglitz (2011), Occupy Wall Street fijó un símbolo que el 15M – en uno de tantos préstamos intercontinentales – recuperó para su relato: “Somos el 99%”.

Y así, tal y como participaban en Internet lo hacían ahora en las plazas, haciendo democracia con sus manos. En ellas, el 15M daba forma a una cultura del Do-It-Yourself o Do-It-With-Others, basada en la acción directa y en una ética de la participación. Cada acampada era la expresión de una ciudad levantada, erguida en diálogo con el medio urbano. Su autoconstrucción respondía a la interpretación del lugar: toldos que resguardaban del sol y la lluvia a la gente y a los ordenadores, amarrados a farolas, árboles y señales; carpas y tiendas de campaña que fijaban sus estructuras a alcantarillas o a rejas de ventilación de parkings y bocas de metro; fachadas de bancos y vallas publicitarias usadas como soportes de mensajes, colgándoseles letreros y pancartas. Reciclaban cartones, colchones, palés y maderas. Creaban cocinas, huertas, guarderías y bibliotecas.

La intervención en el espacio desplegaba sobre él una infraestructura ciudadana que reproducía la lógica de Internet. Simultáneamente, en docenas de ciudades, veíamos armarse campamentos a través de un trabajo colaborativo, un ejercicio abierto, sin autoría evidente, replicado y ejecutado

por múltiples manos; por ello, algunos han pensado las acampadas como una simbiosis de hackers y okupas (TASCÓN; QUINTANA, 2012), operando en un “espacio público híbrido” que era producto de la conexión entre el ciberespacio y el espacio urbano (CASTELLS, 2012). Así, tal como las redes sociales y el software libre potenciaban la participación frente a la pantalla, en las calles se presenciaba una especie de hackeo urbano: una inteligencia arquitectónica y colectiva que reamueblaba y reimaginaba la ciudad al entenderla como un objeto político (en) abierto (CORSÍN; ESTALELLA, 2013). Así, abrir cada plaza – alterándola y alterizándola – significaba repensar el urbanismo como intervención ciudadana, y hacerlo desde el punto de vista del código abierto: accesible, readable, modificable (SASSEN, 2011).

La “mini-ciudad” levantada, como la llamaban, debía ser una ciudad democrática a la que todo el mundo tuviese acceso y donde todas y todos pudiesen hacer, hablar y ser escuchados. Una experiencia en la que los habitantes construían su ciudad tanto como ésta los construía a ellos. Si la arquitectura siempre ha contado historias – ya en tiempos de Adriano había que rendir la mirada ante la majestuosidad del poder expresada en arcos, piedras y estatuas, que nos hablaban de la perdurabilidad de Roma (SENNETT, 1997) –, las acampadas contaban, a través de la fragilidad y lo efímero de su arquitectura, otras maneras de entender y vivir la ciudad. Implicaban un desacato a la ciudad oficial. Eran el producto de un “urbanismo social” erigido frente al “urbanismo del Estado” (DELGADO, 2010), y entendían la intervención urbana (la intervención directa de la ciudadanía) como una vía de intervención democrática (CALDEIRA; HOLSTON, 2005).

Desde hace décadas, vivimos la época de las ciudades y la era de los derechos urbanos (BORJA, 2001). Por todo el planeta, la urbanización alcanza su clímax histórico; las ciudades se vuelven laboratorios de lo global y la cuestión social adquiere los tintes de una cuestión urbana (CUCÓ, 2004). Si durante siglos la ciudad fue percibida frente al campo, hace más de un siglo que la situación se ha invertido: “El campo se percibe y se concibe por referencia a la ciudad. Retrocede ante la Ciudad que lo invade” (LEFEBVRE, 1984, p. 146). Hoy, ante un devenir metropolitano global, los límites de la urbe se vuelven porosos y difusos. La ciudad se define por su capacidad

para volcarse hacia el exterior, atrayendo turistas e inversores, y haciendo de la facilidad de acceso y salida un imperativo central, convertida en eje y en punto de intersección de una red mayor (AUGÉ, 2009).

En este contexto, no son pocas las iniciativas activistas y ciudadanas que luchan –en un movimiento centrípeto y a través de un ejercicio de reapropiación semántico, corporal, narrativo, simbólico y material del espacio urbano (DIZ, 2015) – por recuperar la ciudad y, también, por recuperar la tierra. Huertos urbanos, okupaciones en parques y en terrenos baldíos, reivindicación de “ciudades en transición” que apuesten por una economía social y de proximidad, que defiendan el medio ambiente, el consumo y la producción local de alimentos, la agroecología y el uso comunal de los terrenos urbanos. Formas, al fin y al cabo, de traer lo rural a lo urbano, o más bien, de entender lo rural y lo urbano en continuidad. Al igual que el Movimiento Sin Tierra de Brasil, la ciudadanía europea busca recuperar la ciudad, recuperando las tierras olvidadas que la atraviesan.

Por todo ello, como indicaba hace tiempo Castells (1986), el 15M proseguía con las reclamas de los movimientos urbanos previos, encarnando “proyectos de ciudad” que buscaban una ciudad alternativa, articulados en base al consumo colectivo, la cultura comunitaria y la autogestión política. Y es que la ciudad se convertía no sólo en el escenario sino en el lenguaje para la protesta, en el territorio más próximo y concreto (más que la nación) desde el que replantear nuevas formas y nuevos derechos de ciudadanía (SASSEN, 2003). Ante la pérdida de fuelle del Estado-nación, el descalabro de los sindicatos mayoritarios, la pérdida de peso de la fábrica y la crisis de los partidos, el 15M tenía en la ciudad el principal espacio físico de socialización, reivindicación y revuelta, un espacio de vida convertido en un espacio para la experimentación política.

La ciudad se convertía en un maleable objeto para la política. En las acampadas, era referida con metonimias que la situaban como protagonista: igual que en las Bolsas (“cae Londres”, “sube Nueva York”), escuchabas “Madrid dice” o “Barcelona hace”. Intervenir en la plaza, maleándola físicamente (armando estructuras) y simbólicamente (renombrándola como “plaza del 15 de mayo”), era un modo de convertirla en terreno de expresión y disputa. Igual que el movimiento antiglobalización se inspiró en el Sur

Global – reciclando la desobediencia civil no violenta y asumiendo que fue su población indígena y campesina la primera en rebelarse contra los programas del FMI y las privatizaciones auspiciadas por el Banco Mundial (GRAEBER, 2009) –, también el 15M se inspiró – por ejemplo – en el movimiento “piquetero” de la Argentina de 2001, que actuaba sobre la metrópolis. Compuesto por desempleados que ya no se podían encerrar en la fábrica para hacer huelga, decidió piquetear la ciudad, cortando la circulación en calles y carreteras.

Porque en los últimos años una tendencia parece materializarse con los levantamientos populares: la tendencia a reactualizar el “derecho a la ciudad” (LEFEBVRE, 1976), superando la retórica del acceso a los recursos para extenderlo hasta la intervención urbana de la ciudadanía. Exigir “algún tipo de poder configurador del proceso de urbanización, sobre la forma en que se hacen y rehacen nuestras ciudades” (HARVEY, 2013, p. 21). En este sentido, los rituales de construcción de ciudadanía que referí al inicio – ejecutados con la autoconstrucción en campamentos de verano –, hallaban en las acampadas del 15M su traducción política. Como describía Holston (1999) para el caso brasileño, en los levantamientos emergía una ciudadanía insurgente que actuaba en base a su reconocimiento como co-hacedores y co-constructores de la ciudad.

Este tipo de acción colectiva, basada en la intervención material, ya existía en las periferias de muchas ciudades de todo el mundo. Chabolas, favelas, conventillos, asentamientos precarios, construcciones levantadas por sus moradores. En el 15M, lo más espectacular era su ocupación del centro. Con tal intervención, la democracia se defendía ya no como un valor abstracto sino como un efecto palpable en la vida de la gente. Así había ocurrido en São Paulo o en Brasilia, cuando la modernización urbanística iniciada a mediados del siglo XX comenzó a ser contestada en los años 80 por los movimientos, contraponiendo al urbanismo estatal sus tácticas de okupación, autogestión y autoconstrucción (CALDEIRA; HOLSTON, 2005). El Movimiento Nacional de Reforma Urbana conseguiría introducir la “ciudadanía urbana”. Así se aprobaría en 2001 el Estatuto da Cidade, que abogaba por la participación popular en el desarrollo de políticas urbanas locales y por garantizar el derecho a sanidad, trabajo y transporte público. Las

recientes revueltas del *Passe Livre* y las protestas ante la violencia urbanística relacionada con la Copa del Mundo y los Juegos Olímpicos, prueban que aún queda mucho por hacer.

Con todo, si durante la era moderna ha sido la nación el dominio principal para la acción política, la deriva contemporánea y el protagonismo de los movimientos urbanos ponen de manifiesto el papel clave de la ciudad como arena de la ciudadanía, enclave para repensar el papel de ciudadano y el valor de la democracia. De este modo, una ciudadanía abierta e inclusiva consistiría en algo más que en una dimensión legal que otorga el derecho a voto cada cuatro años. Incluiría una dimensión moral y performativa, la de una ciudadanía que se va haciendo a medida que interviene democráticamente en la ciudad (HOLSTON; APPADURAI, 1999). Una ciudadanía que se alza frente a la destrucción de sus lugares de vida, recartografiando críticamente la ciudad y generando “espacios de ciudadanía insurgente” o “espacios insurgentes de ciudadanía” (HOLSTON, 1999).

Una ciudadanía que no sólo se va construyendo a medida que autoconstruye su ciudad, sino que en tal proceso va desarrollando una contra-pedagogía popular, una pedagogía en abierto para una democracia alternativa. En las plazas se aprendía, y mucho. A raíz del 15M, multitud de proyectos han sido impulsados o retomados por la gente. Véanse las okupaciones, o las luchas por la vivienda y contra la especulación. O véanse los huertos urbanos comunitarios, usando vacíos y terrenos abandonados para desarrollar una economía local y sostenible. El caso de Madrid, estudiado por Estalella (2016), resulta paradigmático. “Ciudad Huerto” o “Ciudad Escuela”, iniciativas populares autodefinidas como proyectos de “reamueblamiento de la ciudad”, que aplican la idea del Open Source para diseñar una tecnología, una pedagogía y una ciudad abiertas, manifiestan cómo –frente a la construcción oficial, que actúa como un guión que se nos propone (o se nos impone) para ser leído –, la autoconstrucción – dirá Estalella – es un ejercicio de re-escritura material del guión urbano. Una ciudad que se rebela tanto como se revela. La ciudad insurgente, como manifiestan estos casos y como señala el autor, se rebela en su construcción material, pero además se revela haciéndose visible, mostrándose a través de prácticas de documentación y archivo, de vídeos y narraciones. Así como se

compartían tutoriales a través de las redes sociales, así como en la acampada se aprendía a acondicionar el lugar para desarrollar la asamblea, así como se tomaban actas y se hacían circular con las demás informaciones, también estas prácticas producen documentos que narran la ciudad, disponibles en Internet y donde podemos aprender cómo reciclar materiales, cómo crear un huerto, cómo diseñar los bancales, etc. He ahí un doble movimiento: la auto-construcción y la auto-instrucción. Una doble instrucción, a su vez, que al tiempo que proporciona las instrucciones para construir la ciudad se despliega como aprendizaje, instruyendo pedagógicamente a la ciudadanía.

Y así, frente a la ciudad neoliberal, los movimientos sociales – enlazados en red – actúan por todo el mundo como “ensamblajes globales” (ONG; COLLIER, 2005), formas globales territorializadas y articuladas en situaciones locales, capaces de redefinir – en base a su fractalidad – nuevas relaciones materiales, colectivas y discursivas. Frente a la especulación, el branding y el “empresarialismo urbano”, que gobiernan la ciudad como una marca y una empresa privada (HARVEY, 2001); frente a la “ecología del miedo” que crece por la vía del *scanscape* o “espacio vigilado”, alimentando las represiones (en el espacio y en la movilidad) de un urbanismo obsesionado por la seguridad (DAVIS, 2003); frente a las *gated communities* (LOW, 2003) o ciudades de muros (CALDEIRA, 2007), comunidades cerradas y fortificadas en que los ricos se alejan de los pobres, promoviendo la idea de que los grupos sociales deben vivir en enclaves homogéneos; y frente a la reducción de los espacios públicos que nos ofrecen la posibilidad de discutir y expresar los descontentos, la posibilidad de vernos a nosotros mismos a través de los ojos de otros (KOHN, 2004); frente a estos paisajes sin futuro, movimientos como el 15M reconstruyen la ciudad al pensarla y al hacerla en abierto, abriendo la posibilidad de repensar el mañana.

4. JUSTICIA SOCIAL Y DEMOCRACIA PERFORMATIVA

En los últimos años, la democracia y la justicia social se han situado en el centro de numerosas expresiones populares emergidas a lo largo del globo. Su actualidad está íntimamente relacionada con la urgencia de su realización. Además, los dos ejes anteriores han de ser contextualizados en

relación con el auge contemporáneo de la “razón humanitaria” (FASSIN, 2010). En las últimas décadas, lo humanitario se ha convertido en un lenguaje, el de los derechos humanos y los sentimientos morales, convertido en el lenguaje político de mayor consenso. El aumento de la pobreza, los efectos de la crisis, los desplazamientos urbanos, el drama de los desahucios y los suicidios que demasiadas veces los acompañan, las migraciones o la actual “crisis de refugiados” en la Unión Europea, son algunas muestras de cómo la instauración de un gobierno humanitario tiene como contrapartida un retroceso de las preocupaciones en favor de los derechos y la justicia social. Esto es, la piedad y la compasión humanitarias – imprescindibles, por otro lado – desplazan no obstante el interés por las desigualdades y por las causas sistémicas y estructurales que provocan tanto sufrimiento entre las poblaciones. Desde las altas instancias, con frecuencia, se prefiere que nos preocupemos por los desdichados en lugar de reivindicar sus derechos y de cuestionar el orden del mundo y las relaciones de poder.

El 15M y otros movimientos han optado por la profundización democrática para reclamar tal justicia social. El momento experimental que hoy se vive en España, donde la incertidumbre y la experimentación conviven en plazas e instituciones, confirma la “pasión constituyente” que la indignación trajo consigo (ANTENTAS; VIVAS, 2012). El 15M marcó el paso de lo destituyente a lo constituyente, pues no nacía como simple reacción ante las injusticias sino que abogaba por una rebelión política y constitucional. Quería cambiar las cosas desde fuera y desde dentro. Por eso en las acampadas se discutían ya los derechos básicos, la necesidad de proteger los servicios públicos o la reforma fiscal, en un “proyecto de refundación democrático” que fijaba en un principio cuatro puntos principales: reforma electoral (democracia real y participativa), lucha contra la corrupción (normas de transparencia política), separación efectiva de poderes públicos y mecanismos de control ciudadano (RODRÍGUEZ, 2013). Al querer resignificar la democracia, pusieron sobre la mesa el agotamiento de la socialdemocracia.

Además, en este esfuerzo colectivo por repensar la democracia, el 15M ha venido ensayando en los últimos años una suerte de contra-

instituciones y sindicalismos alternativos, esto es, un “sindicalismo sin sindicatos” (CALLE; CALDÓN, 2013). La Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH), Stop Desahucios o las Mareas ejemplifican este otro modelo organizacional. Los dos primeros, de hecho, han llegado a reemplazar en ocasiones a los Servicios Sociales del Estado, al defender el derecho a la vivienda y al llevar a cabo tareas de acompañamiento y asesoría legal a las personas afectadas por los desahucios, dándoles cuando era necesario una alternativa habitacional, encontrándoles (por la vía de la okupación) casas vacías donde poder continuar con sus vidas. Las Mareas, a su vez, son formas de auto-organización no tuteladas que han nacido en protesta contra los recortes y en defensa de los derechos sociales conquistados durante la era del Bienestar (sanidad universal, educación pública...), contando cada una con un color característico: la Marea Verde de la educación, la Marea Blanca de la sanidad, etc.

Ante esta época y ante esta crisis, entre sacudidas y temblores, las enseñanzas frágiles y esperanzadas de estos movimientos nos revelan el carácter performativo de la democracia. Una democracia nunca acabada, cuyo significado ha de reinventarse y adecuarse a los tiempos. Una democracia performativa que se va haciendo a medida que la hacemos, y que cobra sentido en tanto nos invita a intervenir en su destino. Nos invita a rehacernos a nosotros mismos al rehacer las condiciones para nuestra vida en común.

5. CONCLUSIONES

Y así, en esta atmósfera de temblores, los movimientos han estado por delante, prefigurando las políticas que, poco a poco, se han ido discutiendo en ambientes más institucionales. La reeducación política y sentimental que trajo el 15M trasciende hoy el activismo para empapar – aún con efectos ínfimos – los terrenos oficiales de la política. Si bien la democracia representativa se expandió en el Sur de Europa en la década de 1970, en América Latina en los 80 y en Sudáfrica y Europa del Este a finales de la década de 1980 – llegando a ser impuesta como parte integrante de los programas de ajuste estructural del FMI, o como una condición de acceso a préstamos del Banco Mundial (SANTOS, 2002) –, experiencias como la

de los presupuestos participativos ensayadas en Porto Alegre desde 1989 han venido ejemplificando las posibilidades de una democracia abierta y participativa, una democracia que se va aprendiendo (y que se va haciendo) sobre la marcha. Participar y no sólo elegir, como decían las indignadas y los indignados.

Precisamente, desde las elecciones municipales de mayo de 2015, con la llegada a los ayuntamientos de plataformas ciudadanas ligadas en buena medida al 15M, la “participación ciudadana” ha sido una de las líneas de trabajo más subrayadas. Juntas de Distrito, encuentros con representantes, participación vía Internet y tecnologías 2.0., Consejos de Barrio, etc., son algunos de los pasos dados en esa dirección. El sentido de una participación, qué duda cabe, que plantea grandes dilemas y no menores conflictos para toda una tradición política basada en la verticalidad y el saber-hacer de los expertos.

El terremoto del 15M, por tanto, agrietó los movimientos y la política de partido. Activistas como Gael, hasta entonces en las calles, han dado el salto a las instituciones, en un desafío vivencial que tiene mucho de desafío generacional. Otros, en cambio, tienen claro que su sitio está en otra parte, lejos de los lugares tradicionales de representación. En cualquier caso, vale la pena atender a estos ejercicios, a estos ensayos, a estos experimentos. Rituales de construcción de ciudadanía y tentativas de pedagogía popular para una democracia alternativa. No hay que olvidar, es cierto, que las grietas traen consigo incertidumbre y desasosiego, pero también oportunidades para la reconstrucción. Las grietas fracturan y rompen, pero al mismo tiempo abren caminos. A su través corre el aire, la luz, la hierba, el tiempo. Con estas intervenciones, con estas humildes acciones, el 15M y sus aliados transnacionales se han comportado como verdaderos espacios de aprendizaje, pedagogías abiertas que activan el presente e invitan a repensar el futuro, escuelas de democracia donde dotarse de palabras, instrumentos, ideas, discursos y valores. Escuelas que anticipan políticas y que reformulan saberes, relaciones, deseos, técnicas y aprendizajes, auto-construyendo y auto-instruyendo otras formas de sociedad.

REFERENCIAS

ALONSO, L.; FERNÁNDEZ, C. **Los discursos del presente**. Madrid: Siglo XXI, 2013. 317 p.

ANTENTAS, J. M.; VIVAS, E. **Planeta indignado**. Madrid: Sequitur, 2012. 212 p.

ARIÈS, P. **El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen**. Madrid: Taurus, 1987. 548 p.

AUGÉ, M. **Elogio de la bicicleta**. Barcelona: Gedisa, 2009. 107 p.

BORJA, J. **La ciudad del deseo**. In: CARRIÓN, F. (Ed.). *La ciudad construida: urbanismo en América Latina*. Quito: FLACSO, 2001. p. 391-396.

BOURDIEU, P. **La distinción**. Madrid: Taurus, 1998. 784 p.

CALDEIRA, T.; HOLSTON, J. State and urban space in Brazil: from modernist planning to democratic intervention. In: ONG, A.; COLLIER, S. (Eds.). **Global Assemblages**. Oxford: Blackwell, 2005. p. 393-416.

CALLE, Á.; CANDÓN, J. Sindicalismo y 15M. In: CRUELLES, M.; IBARRA, P. (Eds.). **La democracia del futuro**. Barcelona: Icaria, 2013. p. 151-169.

CASAS-CORTÉS, M. **Social movements as sites of knowledge production**. 2009. 519 p. Tese (Doutorado en Antropología) - Departamento de Antropología, University of North Carolina at Chapel Hill.

CASTELLS, M. **La ciudad y las masas**. Madrid: Alianza, 1986. 567 p.

_____. **La era de la información**. Madrid: Alianza, 2003. Vol II, 569 p.

_____. **Redes de indignación y esperanza**. Madrid: Alianza, 2012. 294 p.

CORSÍN, A.; ESTALELLA, A. Asambleas al aire: la arquitectura ambulatória de una política en suspensión. **Revista de Antropología Experimental**, v. 13, p. 73-88, 2013.

_____; _____. Asambleas populares: el ritmo urbano de una política de la experimentación. In: CRUELLES, M.; IBARRA, P. (Eds.). **La democracia**

del futuro. Barcelona: Icaria, 2013a. p. 61-81.

CRUELLES, M.; IBARRA, P. (Eds.). **La democracia del futuro.** Barcelona: Icaria, 2013. 183 p.

CUCÓ, J. **Antropología urbana.** Barcelona: Ariel, 2004. 244 p.

DAVIS, M. **Ciudad de cuarzo.** Madrid: Lengua de Trapo, 2003. 300 p.

DELGADO, M. La ciudad levantada. La barricada y otras transformaciones del espacio urbano. **Architectonics, Mind, Land & Society**, v. 19, n. 20, p. 137-153, 2010.

DIZ, C. **Políticas y tácticas del cuerpo:** retablos de la ciudad activista. 2015. 534 p. Tese (Doutorado em Antropologia) – Departamento de Humanidades. Universidade de A Coruña.

ESCOBAR, A. **Territories of difference.** Durham: Duke University Press, 2008. 435 p.

ESTALELLA, A. Ensamblajes de esperanza. **Athenea Digital**, 2, p. 161-174, 2012.

_____. Auto-instrucción: ciudad, documentación y archivo. In: FETSAC, Festival de Arquitectura Universidade de A Coruña, 17 março 2016.

FASSIN, D. El irresistible ascenso del derecho a la vida. Razón humanitaria y justicia social. **Revista de Antropología Social**, v. 19, p. 191-204. 2010.

FEIXA, C. Crónicas del 15M: del campamento al ágora. In: _____; NOFRE, J. (Eds.). **#Generación indignada.** Lleida: Milenio, 2013. p. 53-77.

FOUCAULT, M. **Vigilar y castigar.** Madrid: Alianza, 1990. 314 p.

FREIRE, P. **Pedagogía del oprimido.** Madrid: Siglo XXI, 1992. 243 p.

GRAEBER, D. **Direct Action.** Edinburgh: AK Press, 2009. 568 p.

_____. **Somos el 99%.** Madrid: Capitán Swing, 2014. 304 p.

HARVEY, D. **Spaces of capital**. Edinburgh: Edinburgh University Press, 2001. 429 p.

_____. **Ciudades rebeldes**. Madrid: Akal, 2013. 238 p.

HOLLOWAY, J. **Cambiar el mundo sin tomar el poder**. Barcelona: El Viejo Topo, 2002. 208 p.

HOLSTON, J. Spaces of insurgent citizenship. In: _____ (Ed.). **Cities and Citizenship**. Durham: Duke University Press, 1999. p. 155-177.

_____; APPADURAI, A. Introduction: Cities and citizenship. In: HOLSTON, J. (Ed.). **Cities and Citizenship**. Durham: Duke University Press, 1999. p. 1-21.

JURIS, J. **Networking futures**. Durham: Duke University Press, 2008. 378 p.

_____. Reflections on #Occupy Everywhere. Social Media, public space, and emerging logics of aggregation. **American Ethnologist**, v. 39, 2, p. 259-279, 2012.

KECK, M.; SIKKINK, K. Transnational advocacy networks in international and regional politics. **International Social Science Journal**, v. 51, 159, p. 89-101, 1999.

KOHN, M. **Brave new neighborhoods**. New York: Routledge, 2004. 232 p.

LEFEBVRE, H. **Espacio y política**. Barcelona: Península, 1976. Vol. II, 157 p.

_____. **La vida cotidiana en el mundo moderno**. Madrid: Alianza, 1984. 254 p.

LÉVY, P. **Ciberdemocracia**. Barcelona: UOC, 2004. 201 p.

LOW, S. The edge and the center: gated communities and the discourse of urban fear. In: _____; LAWRENCE-ZÚÑIGA, D. (Eds.). **The anthropology of space and place**. Oxford: Blackwell, 2003. p. 387-408.

ONG, A.; COLLIER, S. (Eds.). **Global Assemblages**. Oxford: Blackwell,

2005. 494 p.

PADILLA, M. **El kit de la lucha em Internet**. Madrid: Traficantes de Sueños, 2013. 124 p.

RANCIÈRE, J. **El odio a la democracia**. Buenos Aires: Amorrortu, 2006. 144 p.

RIÁDIGOS MOSQUERA, C. **Instrumentos para a análise da xustiza social nos sistemas educativos**: aplicación a materiais curriculares do sistema educativo de Galicia. 2013. 619 p. Tese (Doutorado en Ciencias da Educación) – Departamento de Pedagogía e Didáctica. Universidade de A Coruña.

_____. **Justicia social y educación democrática**. Un camino compartido. Madrid: La Muralla, 2015. 159 p.

RODRÍGUEZ, E. **Hipótesis Democracia**. Madrid: Traficantes de Sueños, 2013. 370 p.

ROLNIK, R. As vozes das ruas: as revoltas de junho e suas interpretações. In: _____ et al. **Cidades Rebeldes**. Passe Livre e as manifestações que tomaram as ruas do Brasil. São Paulo: Boitempo, 2013. p. 9-21.

SAHLINS, M. What is anthropological Enlightenment? Some lessons of the twentieth century. **Annual Review of Anthropology**, 28, p. 1-23, 1999.

SANTOS, B. de. S. **Democracia e participação**. Porto: Afrontamento, 2002. 235 p.

SASSEN, S. **Contra geografías de la globalización**. Madrid: Traficantes de Sueños, 2003. 125 p.

_____. Urbanismo de código abierto y urbanización de la tecnología. Sobre Smart Cities. **Urbana Digital**, julho 2011. Disponível em: <<http://urbanadigital.com/2011/07/27/entrevista-con-saskia-sassen-urbanismode-codigo-abierto-y-urbanizacion-de-la-tecnologia-sobre-smart-cities>>. Acesso em: 11 fev. 2011.

SENNETT, R. **Carne y piedra**. Madrid: Alianza, 1997. 454 p.

STIGLITZ, J. Of the 1%, by the 1%, for the 1%. **Vanity Fair**, maio 2011. Disponível em: <http://www.vanityfair.com/news/2011/05/top-one-percent-201105>. Acesso em: 7 ago. 2011.

TARROW, S. **El nuevo activismo transnacional**. Barcelona: Hacer, 2010. 281 p.

TASCÓN, M.; QUINTANA, Y. **Ciberactivismo**. Madrid: Catarata, 2012. 285 p.

TURNER, T. Defiant images: the Kayapo appropriation of video. **Anthropology Today**, v. 8, 6, p. 5-16, 1992.

VIVEIROS DE CASTRO, E. **Metafísicas caníbales**. Madrid: Katz, 2010. 258 p.

Recebido em 4 de março de 2016

Aprovado em 10 de maio de 2016